

# DEMASIADO CALOR PARA SER INVIERNO - INÉDITO

David Garcia Marin



Image not found.

# Capítulo 1

## **PRÓLOGO**

Cómo olvidar esa noche si ella nunca se había sentido tan húmeda, ni él tan querido.

Cómo dejar de recrear sus caricias y sus tocamientos mutuos. Recordarlo tan solo conseguía revivir la pasión y volverse a excitar.

Demasiado calor para ser invierno.

Ambos deseaban pasar página, pero ansiaban aún más volverse a encontrar, al menos una vez. Quizás la última.

Mientras esperaban solo la imaginación conseguía que sus manos recorrieran sus propios cuerpos a la vez que cerraban los ojos y trataban de convertir en realidad los orgasmos que tanto placer les habían dado. No era lo mismo. Era imposible simular la lengua del otro lamiendo sus sexos. Esos mordiscos entre labio y labios.

Disfrutar del recuerdo era la única forma, la única forma de volver a rozarse la piel, la única forma de volver a ser uno solo. Un solo, salvaje e irreplicable sentimiento absolutamente desenfrenado.

## Capítulo 2

I

—¿Volverás? —dijo ella tras su último gemido.

—No lo sé —respondió él, como si el silencio tuviera una mejor respuesta.

—Sabes que echaré de menos esto. Ya sabes, tu particular forma de quererme.

—Siempre estaré para ti, aunque sea en tus pensamientos.

—Eso espero.

El molesto tono de su alarma la despertó entonces, cuando aquel sueño que representaba su mejor y a la vez peor recuerdo empezaba a ponerse interesante.

Aún así no había podido evitar amanecer excitada, algo que se reflejaba en su ropa interior.

El grueso edredón nórdico que debía protegerla del frío se encontraba tirado en el suelo. Al parecer la agitación no había sido solo mental.

A penas notó la ausencia de sábanas y fuentes de calor. Ella seguía caliente. Ni siquiera una heladora madrugada de invierno estaba consiguiendo disminuir la temperatura de su cuerpo.

Antes de que su imaginación dejase de dar vida a las imágenes que recordaba cerró los ojos y empezó a deslizar sus manos por el vientre, produciendo que sus dedos empezaran a acariciar suavemente la piel. Bajó lentamente los brazos, recorriendo su torso al desnudo en dirección a sus húmedas braguitas brasileñas, como si él estuviera allí y pudiera susurrarle al oído que lo hiciera.

Deseaba que esas manos no fueran las suyas. Simular cada caricia empezaba a resultar de lo más provocador y las ansias de placer ya eran casi incontrolables.

Una vez había levantado con el dedo índice su ropa interior introdujo su

mano bajo ella, generando el desenfreno y la lascivia.

Movía sin cesar cada músculo. No trató de controlar sus gemidos. Resultaba mucho más erótico escucharse y recrear cada momento del pasado. Cada postura. Cada sensación de "no poder más" oculta en constantes jadeos. Su pecho descubría unas pequeñas areolas junto a unos pezones endurecidos por el deseo. Sophie los masajeaba y presionaba en cada vaivén, sintiéndose libre para hacer todo lo que quisiera. Quería que él estuviera allí, haciéndolo por ella. Echaba en falta la respiración en su cuello, la pasión tras el sexo, unos labios ajenos recorriendo su ser y rozando los límites de su entrepierna. No haber hecho el amor con nadie más que con Michael le ayudaba a fantasear a la perfección recordando su cuerpo desnudo y atlético haciéndole todo lo que ella nunca habría imaginado. Cada fantasía iba apareciendo, una tras otras, mientras el orgasmo estaba cada vez más a punto de tomar presencia.

Antes de terminar pensó en esa frase. "Hacer el amor". No, ella follaba. Hacía tiempo que era así. Esa era la verdad. Y ahora que Michael se había ido lo sería aún más. Solo él había sido capaz de romper sus barreras, ayudarle a experimentar y descubrir una amplia dimensión sexual, pero también era quien le había enseñado a querer. No, ella tampoco quería. Ella amaba.

No creía que nunca nadie más pudiera hacerlo.

Ignoró sus malos pensamientos y volvió a gemir, esta vez más fuerte, hasta que la lubricación tras el orgasmo empapó por completo esas sábanas a las que tan poco uso había dado.

Suspiró.

Se pasó los próximos minutos sin cambiar de posición, exhausta.

Luego decidió irse a dar una buena ducha que le ayudara a terminar de despejarse e inhibir nuevos pensamientos que le hicieran volver a tocarse.

No siempre había sido así.

A sus 20 años Sophie se consideraba una chica, o más bien una mujer, formal. La muerte de sus padres cuando tenía tan solo 16 años le había marcado desmesuradamente y su vida cambió por completo. Tras el incidente, un accidente de coche, empezó a vivir con su abuela, la única que podía hacerse cargo de ella en aquel entonces. Una señora de 80 años, aunque bien cuidada, se convirtió en la exclusiva figura de autoridad

que la podía controlar, lo que resultó determinante a la hora de abrirse a nuevas experiencias y formas de enfrentarse a la vida.

Los primeros dos años resultaron asfixiantes. El duelo emocional y las ganas de desaparecer y estar sola se adentraron en los más profundos sentimientos de Sophie, que buscaba sin éxito una forma de volver atrás y cambiarlo todo.

Las amistades, los profesores e incluso su abuela se convirtieron simplemente en una especie de diana en la que poder expresar los problemas y la ira acumulada.

Ese fue el primer estímulo importante en su vida, sí, la rabia.

A los 18 años todo cambió, cuando en su fiesta de cumpleaños, a la que tan solo habían acudido unos cuantos compañeros de clase y algún familiar lejano, decidió romper con la rutina y aceptar la proposición de los más jóvenes entre sus invitados para acudir a un evento privado en la zona de discotecas.

Fue increíble. O al menos así lo recordaba.

Nunca se había sentido tan libre y con tantas fuerzas de comerse el mundo.

Aunque en general, hasta entonces, su forma de vestir había sido bastante recatada, empezó a fijarse en cómo algunas de las personas que se encontraban en el local la miraban atentamente. Por una vez parecían tener un significado positivo.

Se dio cuenta por fin de que no podría estar toda la vida sin enfrentarse a su sexualidad. Algo le decía que pronto llegaría la hora de calmar esa tensión que sufría cada vez que se imaginaba a un hombre quitándole la ropa.

A veces pensaba en ello y sonreía. Todo había cambiado tanto en apenas dos años que le resultaba interesante recordar los detalles e intentar determinar el momento exacto en el que cambió la prudencia y la discreción por la masturbación y la lencería.

Lo tenía claro. Había sido Michael. Ese chico que, con ocho años más que ella y una apariencia de 23, apareció en su vida de repente. Rememoró lentamente el instante en el que decidió entrar al baño a retocarse tras haberse bebido un par de cubatas en la fiesta a la que habían acudido. No

iba borracha, aunque si se sentía cambiada. Menos atada al pasado.

Nada más salir, tras terminar de perfilarse los labios con un discreto pero impactante color rojo oscuro, le vio. Poco después de presentarse y, tras caer rendida ante una mirada penetrante, se encontraba sin pensarlo demasiado apoyada contra la pared, mientras besaba a un prácticamente desconocido que había conseguido romper todos sus prejuicios y ganas de salir corriendo. Fue la primera de las mayores situaciones excitantes que jamás había vivido. Nunca la habían besado con tanta pasión, ni generado en ella una presión contra su cuerpo tan sumamente estimulante.

A pesar de todo decidió frenarse, no quería que su primera vez fuera con un extraño como si estuviera desesperada. Aunque sus ganas no la permitían tener toda la decisión que quisiera.

Sorprendida por la grata respuesta de Michael, se pasó el resto de la noche hablando con él. Conociéndole.

Cada palabra que oía le daba más y más confianza sobre el tipo de persona con la que estaba tratando. Era raro, sí, pero siempre había confiado en sus instintos.

La música del lugar se quedó por unos segundos en silencio, al menos a oídos de ella, mientras fijaba su mirada en los labios de Michael y olvidaba cualquier ruido ajeno a su voz. Una voz seria pero amable. Unos ojos verdes, apenas diferenciables entre los focos de colores, pero que parecían ocultar un universo de sensaciones. Un mundo nuevo con el que, inexplicablemente, sentía un intenso vínculo que aún estaba por descubrir.

Y así fue.

Los próximos días se convirtieron en una rutina en la que Michael y Sophie quedaban y seguían contándose cada una de sus historias. Fue en ese intervalo de tiempo en el que ella empezó a explorar con mayor profundidad su cuerpo. Había conseguido alquilar un pequeño apartamento en el centro de la ciudad que pudo estrenar nada más cumplir la mayoría de edad. Esa sensación de seguridad al vivir sola y sentir que nadie podía escucharla fue el impulso que necesitaba. Una tarde, después de una quedada con Michael, no pudo evitar quitarse la ropa y deslizar con cuidado sus dedos bajo la cintura. Su lengua humedeció los dedos antes de empezar, aunque su lubricación era suficiente.

Fue esa experiencia la que la enganchó desde el principio. Sentir tanto placer hizo que se arrepintiera cada segundo que movía sus manos de no haberlo hecho antes. No tardó en encontrar el punto clave que la llevaría

al orgasmo. Su primer orgasmo.

Acabó como empezó, imaginándose el cuerpo al desnudo de ese misterioso chico que tanto interés había despertado en ella.

Cambió su mentalidad mientras mordisqueaba sus propios labios y se imaginaba con Michael a su lado, mientras ella se tocaba.

Se sorprendió de sus propias perversiones. De sus fantasías. Pero no tardó en comprender que ya tenía una edad para abrirse a nuevas experiencias. Era la hora. Él era el indicado para enseñárselo todo.

Solo hicieron falta tres "citas" llenas de emociones, confianza y sinceridad para que, a la cuarta, decidieran dar rienda suelta a sus deseos sexuales.

Ocurrió en el apartamento de Sophie, entre las cuatro paredes de una habitación que no contenía más que una cama individual y unas cuantas fotos de su infancia. Michael se ocupó de que el tamaño de la cama fuera suficiente. Las posturas lo permitieron.

Ella se dejó llevar. Era su primera vez pero él consiguió que se sintiera tan segura como si fuera la enésima.

Primero Michael se puso encima, saco un preservativo extra fino que extrajo de su envoltorio tras un mordisco y acabó de desnudarla lentamente.

A pesar de no tener calefacción en casa Sophie creyó por un momento lo contrario. La sala empezó a calentarse y los cristales de las ventanas a empañarse poco a poco. Ella cerró los ojos.

Una vez sus cuerpos se habían rozado al desnudo tuvo miedo, miedo del dolor que pudiera ocasionarle. Michael, consciente de ello, le susurró:

—Tranquila, lo haré despacio —El susurro erizó las fibras más sensibles de una chica incapaz de aguantar un segundo más la excitación.

Minutos después la palabra "despacio" desapareció. Solo los constantes jadeos rompían el silencio, acompañados de intensos "¡más deprisa!".

Esos momentos fueron, definitivamente, los que transformaron la rabia

como forma de expresión en sexo.

Sexo con amor y amor sin sexo.

## Capítulo 3

### II

El agua seguía derramándose sobre el cuerpo desnudo de Sophie. Los recuerdos dejaron de inundar su mente mientras deslizaba las manos por su piel como si ello pudiera curar sus heridas. Lo que vino después.

Se observaba a si misma en el espejo, a través de la mampara de cristal que la separaba del resto del baño. Había cambiado tanto que a veces le gustaba mirar su reflejo e intentar descubrir a esa chica fuerte pero inocente que había sido hacía apenas tres años.

Su cuerpo también había cambiado. Y mucho. Aquellos pechos pequeños a los que nunca había prestado demasiada atención se habían vuelto firmes y habían aumentado su tamaño. No eran especialmente grandes pero Sophie lo prefería. También Michael.

Aún recordaba cuando él se lo repetía cada vez que hacían el amor. Cada vez que empezaban a besarse él acababa bajando lentamente por su barriga mientras besaba la piel en dirección a su ropa interior. Luego le acariciaba los pezones y empezaba el descontrol.

Definitivamente ahora le encantaba su cuerpo, y todo lo increíblemente excitante que podía hacer con él.

Al igual que el resto de cosas que había experimentado hacía relativamente poco con Michael, nunca había probado el sexo oral. Como de otras tantas cosas se arrepentía de no haberlo hecho antes.

Era una de esas cosas que tanto echaba de menos del sexo, sentir la lengua de Michael recorriendo los alrededores de su entrepierna. Él la provocaba, aguantando la tensión hasta que no pudiera más. A ambos les encantaba llegar al límite. Luego, cuando la lubricación indicaba que el cuerpo de Sophie lo suplicaba, él empezaba a lamer su clítoris y ella gemía. Gemía tanto como podía.

Era una sensación de placer absoluta.

Aún recordaba esas primeras veces de sexo con Michael en las que cada nuevo encuentro era una nueva experiencia. Siempre iba a más.

Pronto ella empezó a poner de su parte y decidió sorprenderle. Creía injusto que fuera siempre él quien la excitara sin llegar a la penetración.

No habían pasado a penas minutos desde que había decidido no seguir recordando todo aquello cuando Sophie volvió a cerrar los ojos y mantuvo el agua de la ducha en una posición que le permitiera la libertad necesaria con la que poder mover sus dedos repetidamente. Y rápido.

Mientras lo hacía siguió pensando en la primera vez que le hizo una felación a Michael. Era evidente que no tenía ninguna experiencia, pero las ganas de hacer todo a lo que ambos estuvieran dispuestos, algo que iba aumentando cada día, hicieron que Sophie desarrollara una habilidad que desconocía por completo.

Primero él empezó indicándole como hacerlo.

Ella estaba de rodillas, semidesnuda. Él sentado en la cama, aún vestido.

Otra de las sorpresas era la lencería que había querido ponerse para la ocasión, la cual observaba Michael, confuso pero a la vez extremadamente cachondo.

Sophie desabrochó el botón de su pantalón vaquero y bajó la cremallera.

Luego, decidida, retiró los calzoncillos de Michael un poco liberando la evidente erección bajo su ropa.

Puso su manos sobre sus fornidos muslos, luego empezó a deslizar la lengua de abajo a arriba. Tras hacerlo fijó sus ojos en los de Michael, que la observaba mientras se mordía el labio inferior.

Los jadeos hacían eco en el interior de la ducha. El orgasmo en la realidad coincidió con ese erótico recuerdo en el que ella masturbaba a Michael al tiempo que introducía en su boca el único pene que había lamido y sentido dentro de ella.

Los segundos de placer se alargaban mientras repetía esas mismas dos palabras que Michael decía en su memoria: "me corro".

Nunca se había sentido tan sucia como aquél día. El de su recuerdo. Pero lo extraño es que le había gustado. Tal vez demasiado. Dar placer le resultaba casi tanto o más satisfactorio que recibirlo. Además Michael se

encargó segundos después de agradecerse. La hizo sentirse como nunca, jugando conjuntamente con su boca y tres de sus dedos.

Fue entonces cuando empezó a sobrepasar los márgenes de lo permisible. Más de lo que jamás habría imaginado.

Eran esos tiempos en los que la intensidad de su amor y del sexo crecían constantemente. Con las semanas los "te quiero" se convirtieron en "te amo". "Hacer el amor" en "follar con amor". Los "hasta pronto" en "para siempre".

"Tú y yo" por "nosotros".

## Capítulo 4

### III

Tras terminar de vestirse y hacer desaparecer el vaho que había inundado la totalidad del baño Sophie esbozó una bonita sonrisa. Estaba preparada para afrontar el día con la alegría que le había faltado desde que Michael se había ido. Aún dudaba sobre si su marcha era necesaria o buscada por él, pero no pensaba volver a comerse la cabeza condicionando su mente en base a una pregunta imposible ya de responder.

Era el gran día. Un día especial. Se había prometido olvidar a los hombres, sobretodo a Michael, pensar en el futuro y afrontar las consecuencias de todos sus actos. Se bastaba consigo misma. También en el sexo. Naturalmente ella había mantenido en su poder una serie de juguetes eróticos que empezó a utilizar a partir del momento en el que su sexualidad se liberó por completo. Dudaba sobre si aquella sería una buena forma de olvidar el pasado, aunque ese era un tema al que no pensaba renunciar. En absoluto.

Aquél maletín negro bajo la cama escondía sus mejores y peores secretos. Y los más placenteros. Guardarlos allí le resultaba incluso más excitante.

El futuro entonces era esa oferta de trabajo, o más bien esa entrevista que debía realizar antes de la hora de comer y que representaría cómo de bien iba a empezar el "pasar página".

Precisamente haber sido tan recatada años atrás le ayudó a escoger el mejor conjunto para la ocasión. Se había puesto lo que consideraba más apropiado para parecer formal y discreta, aunque no demasiado. No le gustaba en absoluto que sus méritos fueran reducidos a unas buenas curvas o a unos ojos ensimismados con mirarle el escote. Lo último que necesitaba era a otra persona en su vida, otra que la hiciera sentir tanto y que le dejara tan poco abandonándola. Tampoco pensaba que nadie pudiera hacérselo tan bien como Michael. Ni sentir ni follar.

"Nunca encontraré a nadie como tú", solía pensar, mientras una mezcla de sentimientos agitaban los latidos bajo su pecho.

Salió por la puerta de su apartamento decidida, con ganas de comerse el

mundo, sintiéndose la única dueña de su vida y de su cuerpo. Libertad.

Ya en el ascensor, como de costumbre, perfiló un poco más sus labios y retiró suavemente su pelirrojo y rizado cabello del rostro, dejando a la vista unos ojos color miel que reflejaban una nueva actitud ante la vida. Un metro sesenta y cinco y una complexión delgada completaban una elegante pero sexy figura ante el espejo

—Entonces... tiene experiencia de dependienta, cuidando niños y de camarera. Todos contratos de muy corta duración... Estudios obligatorios... Nivel medio de Inglés... Estudiante de psicología en la Universidad...

—Aquél hombre, que parecía más el jefe que alguien de recursos humanos, seguía leyendo una y otra vez su curriculum como si buscara algún indicio que la relacionara con el mundo de la moda. No había absolutamente nada.

Siempre había sido su pasión desde pequeña, cuando todo en su vida era tan gris que cada color representaba una infinidad de buenas sensaciones y motivos para sonreír. A pesar de tener algunos conocimientos sobre actualidad y nuevas tendencias le había sido imposible dedicarse a ello. Ni siquiera la carrera que estaba estudiando a media jornada tenía relación alguna.

Previendo una drástica negativa que pondría fin a su nueva y positiva etapa se decidió a hablar.

—Si... bueno... desde pequeña he soñado con un trabajo así y me gustaría ganar algo de dinero para poder seguir pagando la carrera. Aprendo rápido y me conformaré con observar y arreglar el papeleo.

—Inmediatamente se arrepintió de haber interrumpido el repetitivo discurso sobre su historial. No pretendía ganar el puesto dando pena ni ofreciendo su conformidad con cualquier tipo de trabajo como si estuviera desesperada. Había hecho ambas cosas.

En contra de lo que esperaba, aquel hombre que aparentaba cuarenta y pocos años sonrió.

—Estarás a prueba. Un mes. Así podremos comprobar si vales para esto. A veces me toca el papeleo hasta a mí, así que por eso no te preocupes.

—Entonces Sophie descubrió que la apariencia de jefe no era solo apariencia. Antes de que terminara de hablar la ilusión y las ganas de saltar como una loca volvieron a sus pensamientos. Se mantuvo tranquila, intentando quizás mostrar algo de profesionalidad.

No era un trabajo pero era una oportunidad, una oportunidad de cumplir los sueños que tanto tiempo se le habían escapado. Aún contaba con

algunos ahorros de aquellos "trabajos a corto plazo" y algunas ayudas familiares. Podría con ello. Era el momento de luchar por un propósito que la hiciera completamente independiente.

Tras agradecer cientos de veces la oportunidad, Sophie abandonó la sala, que se convirtió en merecedora de asentarse de por vida en sus recuerdos.

Antigua pero formal, con mobiliario de madera y acero y un suelo de parquet blanquecino que había conseguido congelarse en su retina.

Aún podía imaginarla, mientras comía en un pequeño bar de la zona y hacía tiempo hasta su entrada a la Universidad. Tener clases por las tardes limitaba su disponibilidad para el trabajo de 8:00 a 14:00, pero seguía pareciéndole una buena idea con tal de progresar y expresar sus sentimientos de la forma que siempre había querido.

Una vez en el campus, al que había llegado una hora antes de su primera clase, empezó a recorrer los largos caminos que la llevaban de una facultad a otra mientras observaba los árboles, los pequeños edificios y un sol radiante que iluminaba un precioso paisaje en el que apenas habían estudiantes o profesores merodeando.

Se sentó en el césped, junto a uno de los edificios más aislados, agradeciendo por una vez la soledad. Estaba intentado que el tiempo pasara rápidamente y poder estar en casa lo antes posible celebrando por su cuenta la buena noticia.

Lo cierto era que no tenía apenas amigas. Su relación con Michael la había alejado de todo el universo a su alrededor, algo a lo que ahora le estaba costando acostumbrarse.

Se recostó sobre la fina hierba que tenía a su espalda y cerró los ojos.

Inevitablemente y, sin buscarlo en absoluto, empezaron a volver las imágenes que le recordaban cada momento de los últimos dos años. Trató de inhibirlos, una vez más, pero enseguida se dio cuenta de que era más fácil rendirse ante ellos.

El sexo oral no era lo único nuevo que probó una vez había decidido poner de su parte y complacer a Michael con su propia lengua. A los pocos días de aquello él también quiso sorprenderla y apareció en su casa con un

regalo. No le dejó abrirlo.

Tan solo puso su dedo entre los labios de Sophie lentamente y la llevó a su habitación. Luego la tumbó y vendó los ojos con su propia camisa. Ella se dejaba hacer. Estaba intrigada, a la par que increíblemente excitada.

Mientras él la desnudaba ella se mordía los labios y empezaba a pellizcarse lentamente los pezones. La única condición era no bajar sus manos de sus pechos, y así lo hizo.

A los pocos segundos de empezar a mojar su ropa interior escuchó un ruido, una especie de vibración que sentía cada vez más cerca.

—¿Michael? —Preguntó en voz alta, sin poder evitar gemir mientras lo hacía. La oscuridad y la experiencia de no poder ver nada de lo que ocurría era tan misteriosa como increíblemente erótica.

Sin mediar respuesta sintió como su tanga de encaje recorría sus piernas hasta dejarla desnuda. Luego la vibración hizo que comprobara por si misma la sorpresa que Michael le había preparado.

Nada más notar cómo rozaba su clítoris gimió y apretó con más fuerza sus pezones, al borde de correrse en apenas segundos. Sintió como un extraño objeto entraba y salía de ella mientras Michael deslizaba su lengua entre sus piernas y se acompañaba de sus dedos para darle un placer desmesurado.

Fue ese día cuando empezó a sentir la necesidad de expresarse mientras follaba. Quería decir esas palabras que nunca se hubiera imaginado que saldrían de su boca. Deseaba que él también se las dijera. Solo quería más, más formas de disfrutar de su cuerpo y del de Michael.

—¡Me corro! —Solo hicieron falta un par de segundos más para que Sophie dejara de contenerse y empezara a humedecer las sábanas. También el rostro de Michael, que continuó sobrepasando cada límite de lo pasional hasta que ella le pidió que parara. Estaba exhausta.

Tanta intensidad en tan poco tiempo...

Entonces creía que nada podría ser mejor que aquello.

Con el tiempo aprendió que no era más que el principio.